tumbrado á llevar al matadero las reses, se condujo en el gobierno como quien era, aullando, mordiendo y royendo á su pueblo hasta los huesos. La nacion murmuraba, y los más atrevidos se reunieron un dia y degollaron al real alano. Entonces se celebró una junta magna para dilucidar la gran cuestion, á saber; cuál era el gobierno mejor. Los concurrentes se dividieron en tres partidos. Veamos, genoveses, ¿por cuál de ellos os hubierais decidido?

1.er OBRERO.—¡Por el del pueblo! ¡Todo por el pueblo!

FIESCO.—Este triunfó realmente y el gobierno fué democrático. Todo ciudadano tenia voto, y decidia la mayoría. En esto se pasaron algunas semanas, hasta que un dia el hombre declaró la guerra á la recien fundada república y con este motivo volvió á reunirse la asamblea. El caballo, el leon, el tigre, el oso, el elefante y el rinoceronte se adelantaron gritando á las armas. Pero les llega el turno á los demas, y el cordero, la liebre, el ciervo, el asno, todo el enjambre de insectos, la tímida bandada de aves y peces, piden la paz lloriqueando. ¿Estais? Los cobardes eran más que los valientes, los necios más que los sabios, y la mayoría triunfó, y el reino de los animales depuso las armas, y el hombre lo sometió á su dominio. Con esto fué abolido semejante sistema. A ver ahora, ¿á cuál os inclinariais?

EL 1.° Y EL 2.° OBRERO.—Votaríamos por la existencia de varias cámaras.

FIESCO.—Pues este fué el parecer que prevaleció. Los negocios de Estado fueron desde entonces de la incumbencia de varias cámaras. A los lobos se les encargó la hacienda; tenian por secretarios á las zorras; las palomas presidian los tribunales de justicia; los tigres cuidaban de las conciliaciones y los machos cabríos de las desavenencias conyugales. Se armaron

las liebres, y en cambio los leones y elefantes iban á retaguardia con los bagajes. El asno era el embajador del reino, y el topo, interventor general de la magistratura. Ya podeis figuraros qué ocurriria con tan acertada distribucion de funciones. Quien escapaba á los dientes del lobo caia en los de la zorra, y quien tenia la suerte de salvarse de ésta, en las patas del asno. Los tigres degüellan á los inocentes, y las palomas indultan á los asesinos y ladrones; y si por fin se formaba expediente á los magistrados, al topo le parecen siempre intachables. Con esto los animales se sublevaron y hubo un clamoreo general. Elijamos, decian, un monarca que tenga buena cabeza y buenas patas, y un solo estómago. Y se sometieron á un jefe único... sólo á uno, genoveses, pero... (*irguiéndose altivo en medio de ellos*) era un leon.

TODOS.—(*Palmoteando y echando al aire los gorros.*) ¡Bravo!... ¡bravo!... Pues hicieron muy bien.

1.er OBRERO.—Y Génova debe imitarles. Génova cuenta con un hombre.

FIESCO.—No quiero saber quién sea. A casa todos y pensad en el leon. (*Los obreros se precipitan hácia la puerta.*) Esto marcha. El pueblo, como el Senado, está contra Dória y en favor de Fiesco... ¡Hasan!.. ¡Hasan! Me conviene fomentar tales odios y tales simpatías... Hasan... Hasan... á ver... hi de cabra... Hasan.

ESCENA IX.

EL MORO.—FIESCO.

EL MORO.—(*Acudiendo solícito.*) Me arden aún los piés... ¿Qué hay de nuevo?

FIESCO.—Lo que voy á mandarte.

EL MORO.—(*Con humildad.*) ¿A dónde debo ir antes, y á dónde despues?

FIESCO. — Por esta vez te hago gracia de la carrera. Lejos de ello, otros te llevarán á tí. Prepárate al instante, porque voy á denunciar tu tentativa de asesinato y á mandarte atado al tormento.

EL MORO. — (*Retrocediendo.*) Señor, esto es contrario á nuestro pacto.

FIESCO. — Tranquilízate, pues se trata de una chanza. Todo consiste ahora en armarla con lo del atentado de Gianettino contra mí. Serás interrogado.

EL MORO. — ¿He de confesar ó negar?

FIESCO. — Negarás, y entonces te pondrán en el potro y sufrirás la primera prueba. Bien puedes soportarla á cuenta de tu asesinato. A la segunda, confesarás.

EL MORO. — (*Meneando la cabeza pensativo.*) El diablo es sutil, señor; no sea que los señores jueces me tengan allí mientras cenan, y burla burlando me enrueden.

FIESCO. — Te doy palabra de que volverás. Por toda satisfaccion pediré que seas condenado, y luego he de perdonarte á la faz de la República entera.

EL MORO. — Consiento. ¡Que me dislocan los miembros!... Mejor; así me dejarán más agil.

FIESCO. — Vaya, hazme un rasguño en el brazo con el puñal hasta que corra sangre. Haré como si acabara de cogerte infraganti por la primera vez. Bien. (*Suelta un grito terrible.*) ¡Al asesino! ¡Al asesino!... Cerradle el paso... Atrancad las puertas! (*Coge al Moro por el cuello. Salen algunos criados.*)

ESCENA X.

LEONOR, ROSA, salen asustadas.

LEONOR. — Gritaban ¡al asesino! Aquí eran los gritos.

ROSA. — Sin duda, alguna alarma de las que suelen ocurrir en Génova.

LEONOR. Gritaban ¡al asesino! y el pueblo murmuraba claramente el nombre de Fiesco. ¡Miserable ardid! Quieren ocultarme lo que ocurre, pero á mí no me engañan. Corre, date prisa, vé y dime á dónde le llevan.

ROSA. — Serenaos. Ya fué Bella á verlo.

LEONOR. — Bella recibirá su postrer mirada... ¡Feliz ella, y desdichada de mí! Y pensar que muere por mi culpa. Si él me hubiese amado, nunca se le ocurriera lanzarse al bullicio del mundo é ir á exponerse al puñal de la envidia. (*Bella se acerca.*) Ven... Bella, ven... No... no digas una sola palabra.

ESCENA XI.

Dichas. — ARABELLA.

ARABELLA. — El Conde vive y está sano y salvo. Yo misma le he visto pasar á galope por la calle, más guapo que nunca. El caballo se pavoneaba y rompia muy ufano por medio del gentío, agolpado en torno del real jinete. De paso me vió, y sonriéndose con mucha gracia, ha hecho una seña hácia acá y me ha echado tres besos. (*Con malicia.*) ¿Qué voy á hacer de ellos, señora?

LEONOR. — (*Embelesada.*) ¡Charlatana!... Se los devuelves.

ROSA. — ¿Veis?... Ya os habeis puesto colorada como la escarlata.

LEONOR. — Él desperdicia su corazon entre bribonas, y yo corro tras él por una mirada. ¡Oh mujeres, mujeres! (*Se van.*)

ESCENA XII.

El palacio de Andrés.

GIANETTINO, LOMELLINO, salen corriendo,

GIANETTINO. — Deja que rujan por su libertad, como la leona por sus cachorros. Lo que es yo no he dar un solo traspié.

LOMELLINO. — Sin embargo, monseñor...

GIANETTINO. — Vete al diablo con tu sin embargo, procurador de tres horas há. Digo que no he de retroceder ni un pelo. Aun cuando las torres de Génova movieran la cabeza, y el mar alborotado se empeñara en decirme que no, no me amedrenta la canalla.

LOMELLINO.— El populacho es como leña que arde fácilmente, pero la nobleza es viento que atiza el fuego. La República entera está amotinada; pueblo y patricios.

GIANETTINO.—Pues bien; he de colocarme, como Neron, en la altura, para ver tan divertido incendio.

LOMELLINO. — Hasta que las masas se entreguen á un jefe de partido bastante ambicioso, para hacer su agosto en la revuelta.

GIANETTINO. — ¡Esos son cuentos! Sólo uno conozco que sea temible, y de éste ya cuido yo.

LOMELLINO. — El Dux serenísimo. (*Sale Andrés y ambos se inclinan profundamente.*)

ANDRÉS. — Señor Lomellino, mi sobrina desea salir.

LOMELLINO. — Tendré el honor de acompañarla.

(*Se va.*)

ESCENA XIII.

ANDRÉS. — GIANETTINO.

ANDRÉS. — Oye, sobrino; no estoy muy contento de tí.

GIANETTINO. — Dignaos de escucharme, serenísimo tio.

ANDRÉS. —Yo escucho al más miserable mendigo de Génova, si es digno de ello, pero al mal ciudadano jamas, aunque sea mi propio sobrino. Harta es mi bondad de tratarte como tio, porque no á él, sino al Dux y la Signoria debieras dar cuenta de tus actos.

GIANETTINO. — Una palabra, monseñor.

ANDRÉS. — Oye primero lo que has hecho y justifícate. Has derribado el edificio que yo habia construido con tal solicitud en el trascurso de medio siglo, el mausoleo de tu tio, su única pirámide, el afecto de los genoveses. Andrés te perdona esta ligereza.

GIANETTINO. — Tio y señor.

ANDRÉS. — No me interrumpas. Has atentado á la obra maestra de gobierno que yo mismo, con la ayuda de Dios, concedí á los genoveses, á costa de tantas vigilias, de tantos peligros, de tanta sangre. A la faz de la ciudad entera manchaste mi honor de príncipe, con tu falta de respeto á mis instituciones. ¿Para quién serán sagradas, si mi familia las desprecia? Tu tio te perdona esta necedad.

GIANETTINO. — (*Ofendido.*) Señor, me educasteis para ser dux de Génova.

ANDRÉS. — Cállate. Has cometido un delito de alta traicion contra el Estado; le heriste en el corazon, pues es preciso que atiendas, hijo, que el Estado sólo se sostiene con la obediencia. Porque, al caer la tarde, dejara su faena el pastor, ¿creiste por ventura que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

abandonaba el rebaño? Porque encaneció mi cabeza, ¿has de pisotear las leyes como un vagamundo?

GIANETTINO. —(*Irritado.*) Basta, señor, que hierve tambien en mis venas la sangre del mismo Andrés que hizo temblar á Francia.

ANDRÉS. — Que calles, te mando. Estoy acostumbrado á que hasta el mar se calle cuando hablo yo. Violaste la justicia en su propio templo, ¿sabes cuál es tu castigo? Responde ahora, rebelde. (*Gianettino calla, fijos los ojos en el suelo.*) ¡Desdichado Andrés! Alimenté en mi seno al reptil destructor de mis propias obras. Alcé para los genoveses un edificio que debia desafiar al tiempo, y yo mismo arrojo á él la primera tea. Dá gracias, insensato, á esta mi encanecida cabeza que ha de ser llevada á la tumba por las manos de mi familia; dá gracias á que mi impío amor me priva de lanzar desde el cadalso la cabeza del rebelde al Estado ofendido. (*Se va con presteza.*)

ESCENA XIV.

LOMELLINO, espantado y sin aliento. — GIANETTINO, rojo de vergüenza, sigue con la vista al Dux que se retira.

LOMELLINO. — ¡Lo que he visto!... ¡Lo que acabo de oir!... Huid, Príncipe, huid ahora mismo. ¡Todo se ha perdido!

GIANETTINO. —(*Con amargura.*) ¿Qué queda para perder?

LOMELLINO. — Génova, Príncipe. Vengo ahora de la plaza, donde el pueblo se agolpaba junto á un moro que llevaban agarrotado. Seguia el conde Lavagna á la cabeza de trescientos nobles. Se metieron en la casa del tormento. Acababan de prender al moro en el instante en que iba á asesinar á Fiesco.

GIANETTINO. —(*Dando una patada.*) ¡Qué!... hoy parece que han soltado el infierno.

LOMELLINO. — Le preguntaron severamente quién era su comprador, pero nada confesó, ni entonces, ni la primera vez que le han puesto en el potro. Pero á la segunda, sí lo ha dicho... ¡Monseñor!... ¿Cómo se os ocurrió fiar vuestro honor á ese perillan?

GIANETTINO. —(*Con sombría mirada.*) Nada me preguntes.

LOMELLINO.— Apenas pronunció el nombre de Dória (antes preferiria oir el mio en el infierno que el vuestro en aquel instante), Fiesco se presentó al pueblo. Harto le conoceis á ese hombre, que cuando ruega, parece que manda y se lleva tras sí los corazones de la multitud. El populacho entero le rodeaba inmóvil de espanto, sin aliento, con los ojos fijos en él; habló poco, pero levantaba el ensangrentado brazo; el pueblo se atropellaba para recoger, cual si fueran reliquias, las gotas de sangre. Puesto el moro á su disposicion, Fiesco... ¡qué golpe tan fatal para nosotros!... Fiesco le ha perdonado. Entonces truécase el silencio en clamoreo atronador, todo son maldiciones para Dória y vitorean y se llevan á Fiesco en triunfo.

GIANETTINO. —(*Con risa reprimida.*) Atrévanse á subírseme á las barbas. Cuento con el emperador Cárlos, y con sólo estas dos palabras he de sofocar de tal modo el motin, que no vibrará una sola campana en Génova entera.

LOMELLINO. — De Bohemia acá la distancia es larga. Tal vez, si tanto se apresura, podrá asistir el Emperador á vuestros funerales.

GIANETTINO. —(*Saca una carta con un gran sello.*) Entonces es ventura que se halle ya aquí... Mucho se sorprende Lomellino. ¿Tan loco me creia que fuese capaz de irritar á los furiosos republicanos, si no estuvieran ya vendidos y sujetos por traicion?

LOMELLINO.—(*Perturbado.*) Pues digo que no sé qué pensar.

GIANETTINO.—Lo que es yo, pienso lo que tú no sabes. Mi resolucion es irrevocable. Pasado mañana morirán doce senadores. Dória ceñirá la corona real y el emperador Cárlos será su protector... ¡Te espanta!

LOMELLINO.—¡Doce senadores! ¡Francamente no tengo corazon para tanto!

GIANETTINO.—¡Qué necio eres!... Serán arrojados al pié del trono. Ves; he demostrado á los ministros de Cárlos que Francia cuenta aún en Génova con poderosos partidarios que podrian entregarle la República por segunda vez, si no se la destruye hasta en sus raíces. Esto ha producido su efecto en el ánimo de Cárlos y suscribió á mi propósito. Ahora tú vas á escribir lo que te dictaré.

LOMELLINO.—No sé todavía...

GIANETTINO.—Siéntate y escribe.

LOMELLINO.—¿Pero qué debo escribir? (*Se sienta.*)

GIANETTINO.—Los nombres de los doce candidatos... Francisco Zenturione.

LOMELLINO.—(*Escribiendo.*) En pago de su voto, irá á la cabeza del cortejo.

GIANETTINO.—Cornelio Calva.

LOMELLINO.—Calva.

GIANETTINO.—Miguel Zibo.

LOMELLINO.—Para que se enfrien sus pretensiones al cargo de procurador.

GIANETTINO.—Tomás Asserato y sus tres hermanos. (*Lomellino se detiene y Gianettino repite*): y sus tres hermanos.

LOMELLINO.—(*Escribiendo.*) Continuad.

GIANETTINO.—Fiesco de Lavagna.

LOMELLINO.—¡Cuidado! ¡Cuidado! Vais á romperos la crisma contra esa piedra negra.

GIANETTINO.—Escipion Borgognino.

LOMELLINO.—Irá á casarse al otro mundo.

GIANETTINO.—Y yo presidiré las bodas... Rafael Sacco.

LOMELLINO.—Debiera suplicar por éste el indulto hasta que me haya pagado cinco mil escudos. La muerte remite la deuda.

GIANETTINO.—Vicente Calcagno.

LOMELLINO.—Calcagno. Yo me encargo de indicar el último, no sea que se nos olvide nuestro enemigo mortal.

GIANETTINO.—Nunca es tarde cuando llega. José Verrina.

LOMELLINO.—La cabeza de la serpiente. (*Se levanta; echa arenilla en el papel, le da una ojeada y lo presenta al Príncipe.*) La muerte da pasado mañana una pomposa fiesta y ha invitado á doce príncipes de Génova.

GIANETTINO.—(*Se acerca á la mesa y firma.*) Esto es hecho. Pasado mañana se hará la eleccion de dux, y cuando se hallen reunidos los senadores, á una señal que haré yo con el pañuelo, serán muertos los doce á un tiempo, y mis doscientos tudescos tomarán por asalto la casa capitular. Una vez habremos dado el golpe, Gianettino Dória entrará en la sala y se hará reconocer por soberano.

LOMELLINO.—¿Y Andrés?

GIANETTINO.—(*Con desprecio.*) ¡Es un pobre viejo! (*A un criado.*) Si el Dux pregunta por mí, que le digan que estoy en misa. (*Vase el criado.*) El demonio que llevo conmigo sólo puede guardar su incógnito bajo la máscara de la devocion.

LOMELLINO.—¿Y qué hago de este papel, Príncipe?

GIANETTINO.—Tómale y hazle circular entre los nuestros. Ademas, un correo debe llevar esta carta á la ribera de Levante. En ella encontrará Espínola las noticias de cuanto ocurre, con la órden de hallarse mañana mismo en la ciudad, á las ocho de la mañana.

LOMELLINO. — Tiene vuestro plan un defecto. Fiesco no asiste al Senado.

GIANETTINO. — Mucho será que no hallemos otro asesino... Yo me encargo de ello. (*Vanse en opuesta direccion.*)

ESCENA XV.

Vestíbulo en el palacio de Fiesco.

FIESCO con algunas cartas y letras de cambio. — El MORO.

FIESCO. — ¿Conque han llegado las cuatro galeras?

EL MORO. — Anclaron sin novedad en la dársena.

FIESCO. — A buen punto llegan. ¿Y de dónde vienen los correos?

EL MORO. — De Roma, Placencia y Francia.

FIESCO. — (*Abre las cartas y les da una ojeada.*) Bien venidos sean á Génova. (*Con alegría.*) A ver; quiero que sean acogidos de un modo regio.

EL MORO. — ¡Hum! (*Hace que se va.*)

FIESCO. — Oye, aguarda. Mucho qué hacer te cae encima.

EL MORO. — ¿Qué me mandais? ¿Quereis que os traiga la nariz del perro de caza ó el dardo del escorpion?

FIESCO. — Por de pronto, el reclamo del pajarero. Mañana por la mañana se colarán en la ciudad para entrar á mi servicio, dos mil hombres disfrazados. Coloca tus agentes á las puertas con la órden de vigilar atentamente á los transeuntes. Algunos entrarán de romeros que acuden en peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto; otros de religiosos ó saboyardos ó cómicos; otros de tratantes ó músicos; y los más como licenciados del ejército que vienen aquí á comer el pan de Génova. A cada uno se le preguntará dónde

piensa alojarse, y si contesta que en la *Serpiente de oro*, recíbasele con afecto, é indíquesele mi casa. Fio en tu habilidad, buena pieza, ¿oyes?

EL MORO. — Tanto, señor, como en mi maldad. Si me escapa un pelo, cargad con mi par de ojos un arcabuz y disparad con ellos á los gorriones. (*Hace que se va.*)

FIESCO. — Aguarda. Hay algo que hacer todavía. La vista de las galeras dará golpe en el pueblo. Fíjate en lo que digan con tal motivo. Si álguien te pregunta algo, contesta que has oido decir vagamente que tu señor se propone dar caza á los turcos con ellas. ¿Comprendes?

EL MORO. — Comprendo. Se le echa el muerto á los turcos. Lo que haya en el fondo del saco, sólo el diablo lo sabe. (*Hace que se va.*)

FIESCO. — Despacio; otra precaucion. Gianettino tiene ahora nuevos motivos para odiarme y preparar mi caida. Vé y observa á tus camaradas, á ver si descubres algun otro asesino, y como Dória suele frecuentar tambien los burdeles, procura arrimarte á las mozas. A veces se esconde más de un secreto de Estado entre los pliegues de unas faldas. Promételes el oro y el moro, hasta tu propio dueño, si á mano viene. Nada, por respetable que sea, nada dejes de sumergir en ese cieno, hasta haberle sondeado completamente.

EL MORO. — ¡Basta! ¡basta! Soy parroquiano de cierta Diana Bononi, de quien fuí proveedor como cinco trimestres. Anteayer ví que salia de allí Lomellino.

FIESCO. — Está bien. Lomellino es precisamente el eje de todas las aventuras de Dória. Mañana irás allí temprano. Tal vez esta misma noche sea el Endimion de aquella casta Diana.

EL MORO. — Falta todavía una noticia, monseñor. Si los genoveses me preguntan... y claro que lo preguntarán... qué piensa Fiesco del estado de Génova,

¿ seguireis fingiendo mucho tiempo, ó qué debo responder ?

FIESCO. — Responde... Aguarda. Todo está en sazon, y el dolor anuncia el parto... Génova, dirás tú, está con la soga al cuello y mi amo se llama Juan Ludovico Fiesco.

EL MORO. —(*Alegre.*) Así lo haré, señor, y doy mi palabra de tunante que daré qué hablar. Y ahora, manos á la obra, amigo Hasan. Primero, á la taberna. Ya les cayó qué hacer á mis zancas. Bueno será que coma algo, porque tripas llevan piés. (*Hace que se va y vuelve apresurado.*) Ahora caigo en ello... seré breve. Deseabais saber qué ha pasado entre Calcagno y vuestra esposa, ¿ verdad ? Pues... que le dió calabazas, señor... esto es todo. (*Se va corriendo.*)

ESCENA XVI.

FIESCO solo.

Os compadezco, Calcagno. ¿ Mas por ventura creisteis que habia de exponer de tal modo mi honor conyugal, si la virtud de mi esposa y mi propio valer no me hubieran respondido de él ? Pero me place este galanteo. Eres un buen soldado, y él pondrá á mi servicio tu brazo para perder á Dória. (*Se pasea á lo largo de la escena.*) Ahora, hétenos Dória en el campo de batalla. Ya están en juego todos los resortes de mi grande empresa y templados los instrumentos para el temible concierto. Sólo falta que deje caer la máscara y presente Fiesco á los patriotas de Génova. (*Pasos dentro.*) ¡ Una visita ! ¿ Quién puede venir á molestarme á esas horas ?

ESCENA XVII.

FIESCO, VERRINA, ROMANO, con un cuadro. SACCO, BORBOGNINO, CALCAGNO.

Todos le saludan inclinándose.

FIESCO. — (*Va á su encuentro y con sincera alegría*). Bien venidos, señores. ¿ Qué importante asunto os trae á mi casa ? ¿ Tú tambien, Verrina, querido hermano ? En verdad que te hubiera desconocido si no te siguiera asiduamente con el pensamiento, más que con los ojos. Paréceme que desde el último baile, no habia vuelto á ver á mi Verrina.

VERRINA. — No me recuerdes esta fecha, amigo. De entonces acá, enorme peso ha venido á abrumar mi encanecida cabeza, pero basta con esto.

FIESCO. — No, no basta para calmar mi inquietud. Quiero que me hables de ello, cuando estemos solos. (*A Borgognino.*) Bien venido, jóven héroe. Aunque hace poco que os conozco, mi amistad es ya muy honda. ¿ Teneis ya mejor opinion de mí ?

BORGOGNINO. — Estoy en camino de adquirirla.

FIESCO. — Me han dicho, Verrina, que este jóven caballero va á ser tu yerno y apruebo tu eleccion. Sólo una vez le hablé, y me creeria honrado con que lo fuera mio.

VERRINA. — Me enorgullezco por mi hija, de tu parecer.

FIESCO. — (*A los demas.*) ¿ Cómo va, Sacco ? ¿ Cómo va, Calcagno ? Os veo por mi casa muy de tarde en tarde. En poco voy á tener mi hospitalidad, si los más nobles ciudadanos de Génova pasan de largo por delante de mi puerta. Aquí saludo á un quinto huésped,

desconocido para mí ciertamente, pero harto le recomienda su digna compañía.

ROMANO. — Es simplemente un pintor y se llama Romano; hombre que vive de plagiar á la naturaleza, sin que cuente con otros blasones que su pincel. (*Haciendo un profundo saludo.*) Ahora está á punto de sorprender los grandes rasgos de una cabeza de Bruto.

FIESCO. — Venga esa mano. La pintura, vuestra amiga, se halla unida á mi casa con vínculos de parentesco; yo la amo como á una hermana. El arte es la mano derecha de la naturaleza. Ésta hizo las criaturas, y aquella los hombres. ¿Qué pintais, Romano?

ROMANO. — Escenas de la vigorosa antigüedad. Tengo en Florencia un Hércules moribundo, una Cleopatra en Venecia, un Ayax furioso en Roma,... allí donde reviven los héroes de otros tiempos; en el Vaticano.

FIESCO. — ¿Y en qué trabaja ahora vuestro pincel?

ROMANO. — Lo he abandonado, señor, porque la llama del genio dura menos aún que la de la vida, y llega un punto en que ya sólo enciende la corona de papel que la rodea. Esta es mi última obra.

FIESCO. — (*Alegremente.*) No podia llegar en mejor ocasion. Me siento hoy más alegre de lo acostumbrado, con cierta templanza heroica, y abierto el ánimo á las más gratas impresiones de la bella naturaleza. Colocad allí vuestra obra. Será para mí una fiesta ese espectáculo. Venid, amigos; entreguémonos sin reserva al artista. Vamos; mostradnos la pintura.

VERRINA. — (*Haciendo una seña á los demas.*) Atencion, genoveses.

ROMANO. (*Coloca el cuadro.*) La luz ha de venir de ese lado. Tirad esa cortina y corred la otra. Bien. (*Se hace á un lado.*) Es la historia de Virginia y Apio Claudio. (*Larga pausa. Todos contemplan el cuadro.*)

VERRINA. — (*Con entusiasmo.*) ¡Despierta, buen viejo!... ¿Tiemblas, tirano?... ¡Cómo palideceis, romanos!... Seguidle... brilla el puñal... Seguidme, genoveses... ¡Muera Dória!... ¡Muera!... ¡Muera! (*Se lanza hácia el cuadro.*)

FIESCO. — (*Sonriendo, al pintor.*) ¿Qué mayor elogio que éste para el artista? Vuestro arte ha convertido á ese anciano, en jóven soñador.

VERRINA. — (*Sin fuerzas.*) ¿Dónde estoy? ¿Á dónde han ido? ¿Desaparecieron como pompas de jabon? ¿Tú aquí, Fiesco? Y el tirano vive todavía, Fiesco.

FIESCO. — Pues mira. Muchas cosas has dejado de observar con atencion. A tí te parece admirable la cabeza del romano; pues déjala y contempla á la hija. ¡Qué dulzura! ¡qué virginal expresion! ¡Cuánta gracia en los descoloridos labios! ¡Cuán voluptuoso hechizo en la moribunda mirada! Inimitable, divino, Romano. ¡Qué encanto en aquel seno de deslumbradora blancura que hincha un postrer suspiro! ¡Ah! Seguid pintando beldades como esa, Romano. Quiero prosternarme ante vuestra imaginacion y dar para siempre un adios á la naturaleza.

BORGOGNINO. — ¿Era esta la sublime impresion que esperabas, Verrina?

VERRINA. — ¡Valor, hijo mio! Dios rechaza sin duda el brazo de Lavagna y fia en el nuestro.

FIESCO. — (*Al pintor.*) No hay duda; esta es vuestra última obra, Romano. Agotada vuestra inspiracion abandonareis los pinceles. Pero mientras admiro al artista, olvido su obra, y podria permanecer aquí contemplándola, sin reparar en un terremoto de fuera. Llevaos el cuadro, que para pagar esta sola cabeza de Virginia, fuera necesario empeñar Génova. Lleváoslo.

ROMANO. — El artista queda pagado con la gloria. Os le doy. (*Hace que se va.*)

FIESCO. — Un poco de paciencia, Romano. (*Recorre la sala con majestuoso paso, como preocupado con un*

gran pensamiento. De cuando en cuando, fija en los presentes una mirada penetrante; luego coge de la mano al pintor y le lleva delante de su cuadro.) Ven acá, pintor. (*Con altivez y dignidad.*) Muy orgulloso estás, vive Dios, por haber fingido la vida en una simple tela, y perpetuado con poco esfuerzo una grande accion. ¡Cómo blasonas de tu entusiasmo de poeta, y de tu imaginacion, que toma por lo serio estos muñecos sin alma, sin fuerza, sin movimiento! Y en resúmen ¿qué? Derribas á los tiranos en pintura, y en la vida real eres un miserable esclavo. Con una pincelada das la libertad á la República y no puedes romper tus propias cadenas. (*Con energía y en imperioso tono.*) Vé; tu obra es pura farsa. Ceda la apariencia á los hechos. (*Con grandeza y derribando el cuadro.*) Yo he realizado lo que tú sólo has sido capaz de pintar. (*Estupefaccion general. Romano coge el cuadro, confuso, y se va precipitadamente.*)

ESCENA XVIII.

FIESCO, VERRINA, BORGOGNINO, SACCO y CALCAGNO.

FIESCO. — (*Despues de una pausa de sorpresa.*) ¡Pensasteis que el leon dormia porque no oiais sus rugidos! ¿Tuvisteis la vanidad de creer que sólo á vosotros abrumaba el peso de nuestras cadenas, y que sólo vosotros deseabais romperlas? Antes que oyerais á lo lejos su rumor, Fiesco las habia roto ya. (*Abre la arquilla, toma un paquete de cartas y las esparce por encima de la mesa.*) Aquí, soldados de Parma, aquí, dinero de Francia, aquí, cuatro galeras de Roma. ¿Qué falta para coger al tirano en su madriguera? ¿De qué más podeis acordaros? (*Todos callan. Deja la mesa y continúa satisfecho de sí mismo.*) ¡Republicanos!... Sois más

hábiles en maldecir á los tiranos que en destruirlos. (*Todos, excepto Verrina, caen de hinojos á los piés de Fiesco, sin decir palabra.*)

VERRINA. — Fiesco, mi genio se inclina ante el tuyo, pero no puedo hincar la rodilla. Eres un grande hombre; mas... alzad, genoveses.

FIESCO. — Génova entera se irrita contra Fiesco por su malicia y maldice al libertino Fiesco. ¡Genoveses, genoveses! Con mis galanteos engañé al receloso tirano, y mi locura ocultó á vuestra penetracion la peligrosa cordura. Envuelta en el torbellino de los placeres, iba la maravillosa obra de la conspiracion. Basta. Vosotros hareis que Génova me conozca al fin. Mi más audaz deseo está satisfecho.

BORGOGNINO. — (*Se echa con dolor en una silla.*) ¡Ya no soy nada!

FIESCO. — Pasemos desde luego de la idea á su ejecucion. La maquinaria está pronta y puedo poner sitio á la ciudad por mar y por tierra. Roma, Francia y Parma me sostienen,... la nobleza está conjurada,... el pueblo conmigo. He sumido en el sueño á los tiranos. Tenemos la República en sazon para ser refundida y contamos con la fortuna... Nada falta. ¡Cómo tan pensativo, Verrina!

BORGOGNINO. — Aguardad, conozco la palabra que ha de dispertarle con más presteza que la trompa del juicio final. Padre, despierta. Tu hija está desesperada.

VERRINA. — ¿Quién ha dicho esto?... ¡Manos á la obra, genoveses!

FIESCO. — Pensad en los medios de ejecucion. La noche nos ha sorprendido en esta primera entrevista. Génova duerme; el tirano yace fatigado de sus orgías; velad por la ciudad y por él.

BORGOGNINO. — Antes de separarnos, concluyamos con un abrazo nuestra heroica alianza. (*Forman un*

círculo entrelazando los brazos.) Hé aquí reunidos á los cinco hombres más ilustres de Génova para decidir de sus destinos. (*Se abrazan estrechamente.*) Aunque se hundiera el mundo y Dios rompiese los lazos del amor y la amistad, subsistiria á todo ese tronco de cinco ramas.

VERRINA. —¿ Cuándo nos reuniremos de nuevo?

FIESCO. — Mañana, á medio dia, oiré vuestro parecer.

VERRINA. — Pues hasta mañana á medio dia. Buenas noches, Fiesco. Ven, Borgognino. Vais á oir algo raro. (*Ambos se van.*)

FIESCO. — (*A los demas.*) Salid por la puerta trasera, para que no os vean los espías de Dória.

ESCENA XIX.

FIESCO solo y paseándose pensativo.

¡ Qué borrasca en mi corazon! ¡ Qué rápido movimiento en mis ideas! Como criminales que se deslizan de puntillas, inclinando al suelo el enardecido rostro, cruzan por mi mente fantasmas tentadores! Deteneos, deteneos, y dejad que os mire cara á cara. Un buen pensamiento fortifica el corazon y sale osado á la luz del dia. ¡ Ah!... Os conozco. Llevais la librea del eterno impostor. Pasad. (*Pausa. Con mayor viveza.*) ¡ Fiesco, republicano!... ¡ Fiesco, dux!... Despacio. Hé aquí el borde del abismo, límite de la virtud, frontera entre el cielo y el infierno. Hé aquí dónde tropezaron precisamente algunos héroes, y otros cayeron y atrajeron la maldicion sobre su nombre. Hé aquí dónde precisamente dudaron los unos, resistieron firmes los otros para convertirse en semi-dioses. (*Con mayor viveza.*) El corazon de Génova está conmigo; la temible Génova se deja llevar de aquí para allá. ¡ Oh habilidad del crímen que pone un ángel frente á un diablo! ¡ oh desdichada ambicion! ¡ vieja prostituta!.. Por tus caricias ángeles hubo que perdieron el cielo y la misma muerte fué concebida en tus entrañas. (*Se estremece.*) Sí; á los mismos ángeles seduces con tus cantos de sirena, y atraes al hombre con oro y mujeres y coronas. (*Tras breve instante de reflexion.*) Grande empresa es combatir por una corona, mas rechazarla es divino. (*Con resolucion.*) Cae, tirano, y tú, Génova, sé libre. (*Con tierna emocion.*) Y yo, yo seré tu más feliz ciudadano.